



# Editorial

**Wendy Rodríguez**  
**Felipe Cifuentes**  
**Sergio Ariza**

## Foreword

A pesar de tantos lanzamientos de números temáticos y tradicionales, historias, anécdotas, eventos y numerosos editoriales, hoy (es decir, 21 años después del primer número de *Saga*) resulta sumamente complejo comprender en su totalidad las motivaciones que nuestra fundadora María Villa y su primer equipo editorial tenían en mente al momento de emprender este proyecto. La razón fundamental de este quiebre de sentido radica en que las y los actuales integrantes de la revista nos encontramos incapaces de revivir y captar el *espíritu* de esa época. Lo que para las y los pioneros de *Saga* fue una vivencia en tiempo real, una realidad (con retos y oportunidades) en la que emprendieron la ardua labor de crear una revista estudiantil de filosofía; para nosotros, en cambio, ha pasado a ser una parte lejana del amplio entramado histórico del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia y su vida universitaria.

A decir verdad, cuando ingresamos a *Saga* somos conscientes de que nos hemos introducido en un proceso que no iniciamos y que tampoco finalizaremos (o, al menos, que no queremos finalizar). Nosotros extendemos, contribuimos y hacemos parte del devenir histórico de la revista *Saga* mediante las ideas y propuestas que llevamos a cabo en nuestro

presente. Sin embargo, lo que suceda en los próximos años es algo que se nos escapa, en gran medida, de las manos. Por tal motivo, la labor en *Saga* requiere —de una manera un tanto más o un tanto menos consciente— comprender la tradición histórica de la revista y nuestro lugar en ella. En realidad, cualquier propuesta que queramos materializar bajo el manto de *Saga* no se escapa del interrogante por la coherencia de dicha propuesta con los ideales más fundamentales del proyecto, ideales que necesitan, por un lado, una interpretación de lo tradicional y, por otro, una reinterpretación acorde con los tiempos más recientes.

La abrumadora velocidad con la que una época, una dirección de *Saga* o una generación estudiantil da paso a la siguiente es tal que se nos dificulta realizar una reflexión filosófica de las motivaciones, ideales, alcances y principios que permean la revista en ese momento. Como reza el viejo dicho hegeliano: “La filosofía llega siempre demasiado tarde”. De manera que la confrontación entre la *Saga* del pasado, la fundadora, la que lo comenzó todo y la *Saga* del presente, la que se ha consolidado, expandido y llevado contenido de calidad a numerosos formatos alternos, ha sido un asunto prioritario en los últimos años. Curiosamente, es ante las puertas de un nuevo relevo generacional (con sus propias formas de ver la revista y su público) que nos detuvimos a pensar a *Saga*. Si bien las y los veteranos de la revista no podemos rejuvenecer nuestra estancia en *Saga*, quizás sí podemos intentar comprenderla.

Buscando en la historia de la revista, se pueden identificar en las primeras ediciones de *Saga* ciertos retos e ideales que hoy siguen siendo muy cercanos a nosotras y nosotros. Muestra de ello puede darse en lo importante —y retador— que es para la revista el trabajo en equipo cuando los miembros de la revista son una multiplicidad de filósofas y filósofos cuyos intereses son realmente diversos entre sí. Igualmente, hoy seguimos dimensionando la importancia de *Saga* como el escenario que crea, consolida y expande la comunidad académica estudiantil y filosófica, dado que la publicación de un texto en *Saga* continúa fomentando el diálogo entre el autor o la autora, nuestro comité editorial y nuestro público lector. Es más: visitando el casi mítico y legendario primer editorial de *Saga*, es de resaltar la vigencia que ostentan los discursos feministas e incluyentes en este proyecto estudiantil. Puesto que, desde su concepción, la palabra “saga” rescata esa tradición de mujeres científicas, místicas, filósofas y expertas en el saber práctico y ancestral que fueron excluidas y castigadas durante el Medioevo a causa de los dogmas de la época.

Como sea, detenerse a considerar qué motivó el comienzo de *Saga* o qué motiva, en particular, a cada

generación de estudiantes que retoma el proyecto no parece ser una preocupación constante o indispensable para que, cada semestre, un grupo de estudiantes continúe las labores del proyecto y otras y otros más se les unan en reemplazo de quienes se graduaron. Tendemos a entender nuestras motivaciones como justificaciones o explicaciones para nuestras acciones, y creemos que las motivaciones que hallamos mediante la reflexión siempre estuvieron allí, como un impulso inconsciente o como alguna otra forma de fuerza mental o ideal que nos movía sin que nos diéramos cuenta, pero que ahora somos capaces de retener conscientemente. También tendemos a pensar que lo mismo debía ocurrirles a las y los fundadores de la revista, que su motivación debía ser buscar el crecimiento y consolidación de una comunidad académica, o la apertura de un espacio para difundir y reivindicar el trabajo académico de las mujeres. No obstante, en la realidad cotidiana del trabajo en *Saga*, no es frecuente que tengamos en mente nuestras motivaciones, y son casi inexistentes las ocasiones en las que las motivaciones de cada integrante del proyecto se expresan o discuten explícitamente.

Hay quienes dirán que entraron a *Saga* con el propósito de aprender. Piensan que el ejercicio mismo de evaluar y corregir textos, o preparar y realizar entrevistas, programas, talleres u otros materiales divulgativos les ayudará a adquirir conocimientos y desarrollar habilidades importantes para su vida académica y profesional. Para otras y otros, *Saga* es por sí mismo un ejercicio profesional de producción académica o divulgativa. Más allá del aprendizaje necesario para llevarlo a cabo, la motivación de estos miembros de la revista no sería solamente aprender, sino también sería generar buenos productos académicos y divulgativos. Entonces, de manera más o menos directa, las motivaciones de las y los integrantes de *Saga* estarían directamente relacionadas, por un lado, con las expectativas que tienen acerca de su vida académica y profesional luego de terminar su pregrado, y, por otro lado, con las expectativas acerca de lo que constituye un producto académico o divulgativo de cierta calidad. Sin embargo, tampoco es común que se consideren o se discutan explícitamente estas expectativas, o si el proyecto efectivamente las está cumpliendo.

Al contrario, lo más común es trabajar siguiendo la “inercia” que lleva el proyecto. Cuando se entra a *Saga*, ya hay unas tareas establecidas para unas metas implícitas fijadas de antemano, así como una cierta manera adecuada de realizar esas tareas. Sin reflexionar mucho al respecto, adoptamos las tareas que nos son encomendadas junto con las maneras en las que debemos realizarlas, y con ello nos encaminamos hacia aquellas metas que suponemos están detrás de esas tareas. En mayor o menor

medida, se acepta, sin discutirlo con nadie, que esa es la manera como debe operar el proyecto, ya sea porque se confía en la experiencia de anteriores integrantes, o porque se le encuentra alguna justificación. Luego de un tiempo, cuando se unen nuevas y nuevos integrantes a *Saga*, uno y uno mismo está encargado de mostrarles las tareas, las maneras de realizarlas y las metas a las que se dirigen, convencido de ello gracias a esa confianza o esa justificación que uno mismo encontró y que nunca se detuvo a corroborar o comentar con alguien más. A pesar de lo problemático que pueda sonar todo ello, parece que el trabajo en equipo que se realiza en *Saga* se nutre de esa confianza que tenemos en las generaciones anteriores, y en nuestras y nuestros compañeros.

Por muy efectiva y cohesiva que sea esa confianza, ello parece abrir la posibilidad de que cada miembro de *Saga* tenga en mente unas motivaciones, unas expectativas y unas metas para el proyecto que sean distintas a las que tienen en mente el resto de integrantes. Esto podría ser así o no serlo, pero ningún integrante puede decir que tiene la certeza de ello. A pesar de esta situación, nos parece que de esas motivaciones, expectativas y metas depende que *Saga* exista y haya seguido existiendo hasta hoy como un proyecto sólido y unitario. Esta situación aparentemente paradójica parece sugerir una pregunta filosófica, o por lo menos una con la forma de una pregunta filosófica, en tanto que se trata de una pregunta por el sentido que individuos racionales le hallan a su participación en una institución como *Saga* y que, suponemos, determina, o por lo menos explica, las actividades de estos individuos y la realidad de lo que es *Saga*. Sin embargo, lo cierto es que el proyecto, que está dedicado a ser un espacio para la reflexión filosófica, ha continuado y se ha robustecido, sin que ninguna y ninguno de sus integrantes tenga certeza de si coinciden o difieren en aquello que mueve y guía su trabajo.

*Saga* ha tenido numerosas ediciones y llega hoy a la edición número 41. Cada nueva edición, incluida esta, por supuesto, ha sido un *eterno retorno* a una serie de preguntas interesantes: las preguntas por qué es este proyecto, con qué propósito existe, y cuál será el curso que deberá tomar. Queremos pensar que no es una mera coincidencia el que estas preguntas pueden hacerse también en relación con nuestra condición humana. A lo largo de nuestra vida nos preguntamos qué somos, si hay algún propósito por el cual vivimos, y cuál debería ser el camino que nuestra vida tome. Esto ilumina, entonces, el tipo de práctica que es aquel eterno volver sobre esas interesantes preguntas. La práctica en cuestión, la práctica que hacemos, es la más filosófica que conocemos: la de *examinar*, como a nuestra vida, este proyecto.

Recién vimos que no tenemos ninguna certeza de que el sentido que le encontramos a una revista como *Saga* sea el mismo para todas y todos. Pero reconocer y declarar esto, e incluso formular las preguntas adecuadas como para considerarlo, supuso emprender la práctica misma de examinar. Con el examen advertimos, edición tras edición, si estamos o no en capacidad de defender y justificar aquello mismo que examinamos: *Saga*, la revista de estudiantes de filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. Nos preguntamos, regularmente, si, acaso, vale la pena ejecutar un proyecto como este sin examen. Es este el gesto que le da el *carácter filosófico* al proyecto, y también lo que le ha dado continuidad y lo que lo ha robustecido. Y si se concede que es importante preguntarnos, como seres humanos, qué somos, qué sentido tiene nuestra vida, y cuál debería ser el camino que tomemos, en el caso del proyecto también debe concederse la importancia de que se hagan aquellas preguntas.

Cuáles sean las respuestas a esas preguntas es algo que depende de la continuidad que ha tenido y tendrá la revista, y de la interpretación que todas y todos cuantos se han acercado al proyecto le den. Hoy, *Saga* es la revista estudiantil de filosofía más importante del país y, como nos lo han hecho saber, también de Latinoamérica. ¿En qué radica su importancia? No lo tenemos muy claro, y cada integrante de la revista, pero también sus lectoras y lectores, pueden ofrecer una respuesta única. A pesar de esto, pensamos que algo que la hace importante es el hecho de que ha sido capaz de situarse históricamente, de interpretarse continuamente, y de examinarse permanentemente. El problema fundacional de la apatía (¿tenemos que creer en *Saga*?, ¿es real y efectivo el empeño por hacer que la revista sea duradera?) ha sido así, semestre tras semestre, abatido.

La invitación es la de siempre. A todas y todos los estudiantes del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia: aprópiense de esta, *su* revista, y ayúdenle a ser cada vez más bella, porque la belleza es signo distintivo de lo bueno y, en consecuencia, de lo que nos hace felices. Los objetivos son claros: crear comunidad académica y difundir la filosofía. Las puertas, como ha sido habitual por más de veinte años, están abiertas. Creemos, además, que no nos equivocamos si decimos que una invitación a un proyecto filosófico es, por extensión, una invitación misma a la filosofía.